

do, ENS. Algo protector y concluso: una cárcel. Finalmente, el crimen explicó esta larga condena.

IV

Ayuda a pensar la historia intelectual de Althusser esta introducción a la ortodoxia y a la protección institucional del claustro. En cierto modo, Althusser fue toda su vida un intelectual católico, y su comunismo, una variante sofisticada (e impostada) de su catolicismo. Así resulta legible su parábola ideológica, que lo lleva de un comienzo a un fin, igualmente impregnados de mesianismo católico, mediados por un rodeo en torno a la *ecclesia visibilis* de la ciencia revolucionaria marxista.

Rememora el propio Althusser: «...fue en gran parte gracias a las organizaciones de la Acción Católica como entré en contacto con la lucha de clases y, en consecuencia, con el marxismo». Su conflicto con la Iglesia es atribuido a causas sexuales (incompatibilidad moral), aunque, según veremos, esta lectura autobiográfica no es objetiva. Lo cierto es que Althusser, por vía católica, era marxista antes de leer *El Capital* (hacia 1964/5). Y, a la vuelta de los años, desde 1977, se torna frecuentador de las monjas que regentan el convento de las Pequeñas Hermanas de Jesús, a las que declara: «Vosotras vivís en la sencillez, que es el verdadero comunismo». Desde los lejanos días de 1946, cuando peregrinó a Roma para ver a Pío XII, Althusser, en la Semana Santa de 1989, pedirá a su ex-discípulo Jean-Robert Armogathe que rece por él, y a su antiguo maestro el teólogo Jean Guitton (sancionado por colaborar con el régimen de Pétain), que le consiga una entrevista con Juan Pablo II. En ese tiempo, Althusser estaba entusiasmado por la llamada teología de la liberación (cf. el prólogo a *Filosofía y marxismo* de Fernanda Navarro, 1986): las masas populares desean inconscientemente la liberación de la humanidad y este deseo se ha de volver consciente por gerencia de la teología (como, antes, por medio de la ciencia marxista).

A cierta altura de su historia intelectual, Althusser halló que Roma no estaba en Roma, sino en Moscú. Pero seguía siendo Roma. El cristianismo habría de conquistar esta «nueva Roma». El reino de los pobres instaurará el reino de Cristo. La guerra contra los malos será ganada por esta suerte de Cristo armado, Cristo guerrillero o militante Cristo Rey. El comunismo aparece, de tal modo, como la actualización del cristianismo en el siglo XX. Otros rasgos de su conducta intelectual inciden en lo mismo. Althusser siempre buscó el texto del Fundador de la Secta (el Marx científico frente al Marx precientífico, luego el Mao del *Libro Rojo*), el líder referen-

cial, el dogma (lo definitivo de la ciencia frente a lo efímero de la ideología), el movimiento mesiánico que, por medio de la revolución, devolviera la humanidad a sus puros orígenes. Ir era volver. La revolución (la bolchevique, mayo del 68 o la revolución cultural china) instauraba la verdad en la historia.

Siempre acompañaron a Althusser los sentimientos (confesos) de una posible vocación religiosa y cierta disposición a la elocuencia eclesiástica. Pero su anecdotario intelectual refuerza, objetivamente, estas convicciones. En su juventud lyonesa adhirió a la causa monárquica y al catolicismo social, bajo las enseñanzas de Guittou, Jean Lacroix y Paul Hours. No era nacionalista en la línea de Charles Maurras, porque éste se proclamaba positivista, agnóstico y pagano. En sus *Cuadernos* (14 de enero de 1937) anota:

Una religión absolutamente totalitaria. Confiarse a ella, verdadero consuelo. Cuanto más se la estudia, más se encuentra lo que se busca fuera de ella, al ignorársela. Es la más hermosa maravilla del mundo.

Su monarquismo, a cierta altura, se vuelve populista. Si la burguesía ha perdido la fe en Francia, ésta ha de recuperarla entre el campesinado y la juventud. Este momento coincide con una crisis religiosa personal de Althusser: su fe vacila y esta duda la vive como un abandono: Dios lo ha dejado solo. Imposibilitado de adoptar una religión de la persona individual y la consciencia (la solución protestante), Althusser parte al encuentro de una Iglesia sustitutiva y la halla en el Partido Comunista. Ingresa en él en 1948, tentado por la fórmula hegeliana: «El contenido siempre es joven». Horrorizado por la perspectiva de un individualismo cristiano, angustioso y existencial (San Agustín, Pascal), Althusser clama por el fundamento eterno del mundo (del mundo histórico, en este caso): la ciencia marxista. En esto, Hegel lo ayuda. La ciencia de la historia, en un primer momento, es la disciplina que permite al hombre tomar conciencia de su desalienación. El sujeto de la historia es cada hombre concreto, cada individuo particular. La verificación de esta ciencia es la práctica política revolucionaria (la del Partido, obviamente). El marxismo sería la filosofía inmanente del proletariado, que el filósofo vuelve filosofía consciente.

Al mismo tiempo, hasta 1952, Althusser sigue perteneciendo a organizaciones católicas, como *Jeunesse de l'Eglise*, de modo que su explicación sobre el paso de la Iglesia al Partido es objetivamente incierta. Le cuesta renunciar a la promesa primaveral de la Iglesia, transferirla a la comunista «primavera de los pueblos». La historia, sin estos elementos escatológicos, es envejecimiento, caducidad y muerte. Cristo, sin las molestas mediaciones de Lukács y Sartre, será, a la vez, Mesías y Revolucionario. Su primera

aparición ante los ojos de Althusser es bajo las especies de su Vicario en la Tierra, Pío XII, del cual dice (*Témoignage chrétien*, 17 de mayo de 1946):

Se dice que el Papa es un santo. Los que tuvieron la suerte de entrevistarlo aquel día han vuelto a sentir lo que significa la simple presencia de la santidad.

Un paso más lo dará bajo el magisterio de Hours, quien le escribe en 1947:

Hay en el comunismo una decisión política, pero hay más, todavía. Hay una toma de posición digamos que religiosa, toda una interpretación del universo y toda una orientación para nuestra vida. Hay la desaparición del hombre privado, absorbido enteramente por la obligación política que se realiza aquí, en la tierra, inmediatamente, una ciudad mejor por el cambio de las instituciones.

Tal totalización de la vida a partir del fundamento lleva a un sistema integrado, a un integrista. Si el Partido es el proletariado en tanto verdad, o sea la verdad encarnada de la historia, entonces se es comunista como se es católico, pues la Iglesia es el pueblo de Dios en tanto verdad encarnada de la historia. El cristianismo comunista de Althusser es vivido en el Partido en tanto comunidad de base, no en tanto jerarquía, pero, en cualquier caso, en él. Es único, aunque se denomine partido (parte, parcialidad). No se puede ser comunista fuera del Partido, como no se puede ser católico fuera de la Iglesia.

En esta perspectiva pueden leerse el anticapitalismo y el antihumanismo de Althusser. Había encontrado en *L'Osservatore Romano* un artículo de Conte della Torre que debió conmover su tambaleante catolicismo: «El comunismo sólo es ateo en sus superestructuras; el capitalismo lo es en su misma estructura, pues reemplaza a Dios por el Dinero». Esta desconfianza por el laicismo inherente a la modernidad se extiende al humanismo igualmente moderno. Se desconfía del hombre y aún del Hombre: si es capaz de tantas atrocidades, no puede ser la medida de todas las cosas. En cambio, la objetividad trascendente (la Iglesia, la estructura) sí lo es. Por eso, Althusser rechaza las nociones de sujeto y persona. Acepta la de individuo, pero se trata de una categoría empírica: los individuos, cada cual de ellos. Sus convincentes lecturas hegelianas (1946/47) lo persuaden de que en la historia hay un sujeto del saber o del sentido, pero que es metafísico, inexperimentable: el Espíritu. Como persona colectiva y agente de la liberación, encarna en el proletariado revolucionario. El Althusser maduro habrá de invertir a Hegel, sin recusarlo: lo arrinconará en la historia precientífica de Marx, como un «obstáculo epistemológico» para su desarrollo como hombre de ciencia, un pecadillo de juventud.

En la historia del Althusser maduro no hay sujeto ni alienación. Ni el ser humano, ni el espíritu, ni la clase obrera son el sujeto de la historia. Lo es ella misma, en tanto materia que se vuelve autoconsciente por medio

de la ciencia: el devenir. Con lo que volvemos a Hegel, mal que le pese a Althusser. La historia como proceso de las relaciones de producción en el seno de un determinado modo de producción, es Hegel revisitado por Marx.

Valdría la pena examinar este antihumanismo althusseriano en relación con propuestas de algunos coetáneos suyos (Foucault, Lacan). Siendo pensadores laicos, coinciden con lo dicho por cierto sector de la inteligencia católica (Maurice Clavel). La certeza humanista es demolida desde el punto de vista de Dios, que hace del intelectual, un sacerdote. La lógica del origen (no el dogma de la revelación) es el perspectivismo divino que elimina las mediaciones. Si, para el católico, el mal es radicalmente perverso, para el antihumanismo, el capitalismo y la Ilustración (salvo en su aspecto materialista) son radicalmente malos.

En Althusser confluyen los dos grandes modelos del intelectual católico: el jesuita y el franciscano. El primero es un teólogo ateo, que discurre sobre la existencia de Dios como si El no existiera, y se embrolla en los laberintos de la hermenéutica; el segundo cree en la Encarnación de Dios en su pueblo, o sea entre los pobres y desheredados. Si, por su retórica, su pertenencia a la burocracia del saber y de la nacionalización del pensamiento (Francia necesitaba un marxismo francés, como necesitaba un psicoanálisis francés, etc.), Althusser engruesa la tradición jesuítica de la «república de letrados y profesores», por sus convicciones primeras y finales, apunta a un franciscanismo que, oh vueltas y revueltas, podría afrancesarse, remansado en las teorías de Rousseau sobre la salvaje bondad original del hombre.

El comunismo es, para Althusser, el «gasto gratuito y no mercantilizado», una suerte de epifanía o fiesta de los dones. La verdad última de la vida surge en la sorpresa del gasto: autenticidad, retorno al origen. Por eso se admira ante el campesino, que sabe tanto como el politécnico, sin haber estudiado nada. He allí la cultura popular no folclorizada. Su modelo de revolución son las *jacqueries* medievales, donde se insurgían, juntos, los monjes y los labradores. «Siempre era domingo, es decir, el comunismo» (pág. 424 de *Los hechos*). El comunismo de Althusser es dominical: el mundo es perfecto y Dios descansa, nadie trabaja y todos somos una suerte de rentistas de Dios.

V

En sus contados descensos a la tierra de la praxis, Althusser se confrontó con hechos concretos de su entorno. Generalmente, haciendo honor a su teoricismo (la historia no es la verificación de la ciencia de la historia)